

tantas gracias, destruyendo por la imprudencia en el hablar, la confianza que les atrae?

En tercer lugar, la misma maestra se precipitaria en el abismo; porque si una sola de sus hijas llegase desgraciadamente á perecer, por no haber creído razonable descubrirle los peligros que la amenazan, tendrá ella que responder de las almas una por una.

Queremos creer que no hay maestra que no comprenda la indispensable necesidad del secreto de que acabamos de hablar, y que no se imponga una ley de guardarlo inviolablemente. Pero ¿se le da toda la estension que debe tener? ¿No se revela jamás nada en la conducta? Si una novicia confía á su maestra alguna cosa que pueda causarle pesar, ésta debe guardarse de manifestar nada á las otras, que pueda hacerles conocer su pena; ni debe manifestar ninguna afliccion en lo particular, á la que es el objeto de esa pena. Además, debe por todas partes obrar como si nada supiera, y aun manifestarle una benevolencia particular.

Aunque la maestra pueda conferenciar con la superiora sobre las cosas *sumarias* que ha sabido, respecto del interior de sus hijas, por via de la direccion, deberá tener grandes pre-

vieron certeza de que la confianza quedaba en secreto. ¿Júzguese por esto, de su reserva, si en las cosas humillantes no estuvieran

cauciones sobre este punto; porque lo que sus hijas le confian tocante á su conciencia, por lo comun no lo confiarian á la superiora á quien conocen menos: muchas veces tambien, si sospechasen que podria descubrirlas con ésta, nunca en lo sucesivo volverian á abrirle su corazon. Las novicias, en este punto, son mas susceptibles de lo que se cree. Mas de una vez hemos tenido que combatir la resolucion de algunas que se habian propuesto no volver á revelar nada de su interior á su maestra, porque, decian ellas, ésta cuenta todo á la superiora; y estas resoluciones no siempre las hemos combatido con buen éxito.

ARTICULO CUARTO.

Método que debe seguir una maestra para ayudar á sus hijas á triunfar de sus pasiones y á conseguir la vida espiritual.

Triunfar de nuestras pasiones, ya lo hemos reconocido, es el mas glorioso de todos los triunfos; y es tambien lo que hay mas importante é indispensable en el cristianismo. Sin embargo, digámoslo, este triunfo es muy raro entre los cristianos; es hasta poco comun, al menos en su plenitud, entre las personas

á triunfar de sus pasiones, tornanlas en una sólida virtud; pero la tarea es larga y difícil. Despues de haber ganado la confianza

consagradas á Dios en la vida religiosa. ¿Y por qué? ¿Porque para conseguirlo, cuesta mucho á la naturaleza: porque para obtenerlo, es necesario ceñirse á una vigilancia asídua, sostener una larga y penosa lucha, imponerse grandes sacrificios!

Nos entregamos con gusto á la lectura de los libros piadosos, á la meditacion de las cosas celestiales, á la recitacion del oficio divino; nos ceñimos sin repugnancia á la observancia de una regla; nos contentamos con un pobre sayal, con un escaso alimento; sufrimos el peso de un empleo, tal vez fatigoso y molesto, etc. Pero llevar en cierto modo el hierro y el fuego hasta el fondo de nuestro propio corazon, estirpar de él las inclinaciones mas arraigadas; hacerles á éstas todos los dias y á cada instante una guerra sangrienta, hasta domarlas y someterlas á la razon, hasta contraer el hábito de vencerlas y dominarlas como el señor hace con el esclavo, que le domina y le prescribe su deber, esto es lo que muy raras veces hay valor suficiente para hacerlo, y veamos tambien por qué, bajo un hábito de muerto, estamos vivos todavía; esta es la causa por que, en un estado de perfeccion, nos vemos sujetos á todas las debilidades; no

vieran certeza de que la confianza quedaba en secreto. ¿Júzguese por esto, de su reserva, si en las cosas humillantes no estuvieran

con ánimo sobre sus huellas, y regocijándose de que se les juzgue dignos de humillaciones y de desprecio. Seguid, les dicen, seguid estos sublimes ejemplos de santidad, no os de ma

sin duda vicios groseros y vergonzosos, pero sí, flaquezas indignas del estado á que nos hemos dedicado, debilidades de que los santos se habrian ruborizado, y que á menudo se convierten en un gérmen de muerte para el alma.

Y de estas pasiones indómitas, dice un maestro de la vida espiritual, provienen en el claustro tantas divisiones, murmuraciones, lamentos por motivos frívolos, tantas indiscreciones é imprudencias, tantas sospechas y juicios temerarios, tanto apego á nuestros pensamientos, á nuestras inclinaciones, á cosas de ninguna importancia; tanta impaciencia en la humillacion y en el desprecio; tan poco fervor en la oracion pública y solemne, tan poco temor y respeto por los misterios santos, tan poco fruto de las confesiones y comuniones frecuentes, tan poco sentimiento é idea de los bienes futuros, tan poco reconocimiento hácia Jesucristo, y tan poca solidez en las prácticas de devocion.

El remedio á tantos males, es ayudar á las novicias que deben renovar las comunidades, á triunfar de sus pasiones, formándolas en una sólida virtud; pero la tarea es larga y difícil. Despues de haber ganado la confianza

consagradas á Dios en la vida religiosa. ¿Y por qué? ¿Porque para conseguirlo, cuesta mucho á la naturaleza: porque para obtenerlo, es necesario ceñirse á una vigilancia as-

de las jóvenes por medio de la cordialidad, la discrecion y fidelidad en guardar los secretos de conciencia que le confian; despues de haber conocido con la mayor perfeccion posible su carácter, sus inclinaciones, las pasiones que las dominan, debe emprender la maestra este difícil empeño, y proseguirle con todo el celo de que es capaz. ¿Pero qué marcha deberá seguir? Debe:

1.º Ayudarle á conocer su pasion dominante, que es la cabeza de las demás. (Véase para esto, *El Camino de la verdadera y sólida virtud.*)

2.º Hacerles comprender bien lo que es domar sus pasiones; indicarles el método que se debe seguir para obtenerlo, y el tiempo que debe emplearse en vencer cada una de ellas.

3.º Indicarles las armas especiales que es preciso emplear segun la naturaleza de las pasiones, y el grado de violencia que han adquirido.

4.º Asegurar á sus hijas sobre la violencia de sus pasiones, que puede asustarlas y causarles una funesta desesperacion.

5.º Enseñarles á distinguir el sentimiento del consentimiento,

con ánimo sobre sus huellas, y regocijándose de que se les juzgue dignos de humillaciones y de desprecio. Seguid, les dicen, seguid estos sublimes ejemplos: la tierra no es de mo-

6.º Sostenerlas cuando están desalentadas.

7.º Levantarlas con bondad y consolarlas en sus caidas.

8.º Enseñarles á distinguir la volubilidad del corazon de la de la voluntad, y la sustraccion de las gracias sensibles de la sustraccion de la gracia actual, necesaria para vencer á nuestros enemigos.

9.º Consolarlas cuando equivocadamente creen haberse atrasado en la virtud, porque perciben con mas claridad sus defectos.

10. Indicarles en qué consiste el verdadero progreso en la virtud.

11. Señalarles las armas generales á que pueden recurrir para asegurarse la victoria, tales como la mortificacion interior y exterior, la oracion, el eesámen, la lectura de los libros piadosos, la presencia de Dios, la devocion á María, etc.

12. Pedirles cuenta del empleo de estos medios, de su fidelidad en el combate, y del buen écsito que han tenido ó de las derrotas que han sufrido. Escitarlas, consolarlas, animarlas. Por medio de este método, obtendrá la maestra infaliblemente grandes frutos; verá á sus hijas crecer cada dia en la humil-

consagradas á Dios en la vida religiosa. ¿Y por qué? ¿Porque para conseguirlo, cuesta mucho á la naturaleza: porque para obtenerlo, es necesario ceñirse á una vigilancia así

dad, la caridad, la mortificacion, la obediencia, etc., ofreciendo de este modo el espectáculo de todas las virtudes.

ARTICULO QUINTO.

Cómo debe la maestra formar á sus hijas en la humildad.

El arquitecto vigila con un cuidado especial en la solidez de los cimientos de un edificio, cuya duracion quiere asegurar: la maestra que tiene empeño en la perseverancia de sus hijas, tambien debe velar en que la humildad, que es el fundamento del edificio de su perfeccion, esté sólidamente establecida en ellas. Mas ¿cómo deberá manejarse en esto?

Nos parece que algunas maestras que trabajan con un celo que estamos lejos de desconocer, en formar á sus hijas en la virtud de la humildad, proceden de una manera demasiado brusca, y que desanima á éstas sobre manera. Les presentan al Hijo de Dios, despreciando y hollando todas las grandezas humanas, aceptando con la alegría del corazon las humillaciones y oprobios mas terribles; á la Virgen María, y á los otros santos, caminando

con ánimo sobre sus huellas, y regocijándose de que se les juzgue dignos de humillaciones y de desprecio. Seguid, les dicen, seguid estos sublimes ejemplos; la sierva no es de menos condicion que el Señor, y que aquellos á quienes ha colmado de beneficios y de sus mas insignes favores. Ahogad en vosotras la vanidad, el deseo de la elevacion y de las grandezas; abrazad los oprobios, mirad en ellos vuestra delicia, y sereis dignas esposas del Dios crucificado.

Bien se comprende todo lo que tales lecciones tienen de triste, de sombrío, de repugnante para la naturaleza. Por eso hundan á muchas almas en el abatimiento, haciéndolas permanecer en su imperfeccion, desesperando de poder jamás amar y buscar lo que les parece tan opuesto á todas las inclinaciones de su corazon. La maestra podria proceder de un modo mucho menos violento para la naturaleza; he aquí nuestra idea.

Quisiéramos, con muchos maestros de la vida espiritual, que la maestra conviniese con sus hijas en que el hombre está destinado á alguna cosa grande; que le está permitido y aun ordenado por el Criador y Redentor, el trabajar para conseguir este fin; que tambien

miren sus hijas la verdadera grandeza, la verdadera gloria, haciendo nacer en sus corazones, el deseo de alcanzarlas, debe ella con-

le está permitido adornarse, cuidarse, buscar el modo de agradar y de ser aplaudido; que es una cosa loable el huir las humillaciones, los desprecios y los oprobios.

Se comprende que estas proposiciones atrevidas, y sin embargo ciertas, despertarian la atencion y aun la curiosidad de las que las escucharan, y que dilatarian sus corazones en cuanto se les demostrara la verdad de ellas.

Desarrollando un poco la maestra estas proposiciones, y comenzando á determinar su verdadero sentido, añadiría: Los mismos santos han estado todos animados de una ambicion celestial; se han amado á sí mismos, han procurado agradar, elevarse y ser aplaudidos; han tenido horror á las humillaciones, á los oprobios, y todos los hombres pueden seguir sus huellas.

Estas nuevas proposiciones sostendrian la atencion de las novicias, y comenzarian á hacer brillar la luz en su alma: la maestra aprovecharia esta ocasion para esplicar incontinenti todo su pensamiento; les haria comprender, que es permitido al hombre amarse en Dios y por Dios; que debe, sin duda ninguna, aborrecer su concupiscencia, sus inclinaciones depravadas; declararles la guer-

nas, aceptando con la alegría del corazon las humillaciones y oprobios mas terribles; á la Virgen María, y á los otros santos, caminando

ra y destruirlas; aborrecer su carne rebelde y mortificarla; pero que puede y debe amar su alma, purificarla, adornarla con las virtudes, enriquecerla con méritos, trabajar para elevarla á los honores del cielo, aspirar para ella al primer lugar de la mansion de las delicias, y para esto, atraer las miradas de Dios por su fidelidad, agradarle por sus virtudes, cautivar su estimacion y su benevolencia por el ardor de su amor, y aun aventajar en este sentido á todos sus semejantes. Que tal fué la ambicion de los santos y el objeto de todos sus pasos, de todos sus cuidados, de todos los sacrificios que se impusieron. Por consiguiente, que no se trata, para ser perfecto, de sofocar, de destruir en el corazon todo deseo de elevacion y de grandeza, sino de dar á este deseo una direccion sábia y legítima.

Manifestaria entonces la maestra, que el deseo de cautivar la estimacion de los hombres, de agradarles, de elevarse á sus ojos, y entre ellos, es poco digno de la ambicion del hombre, puesto que tal honor es frágil y pasajero; no es mas que un humo vano, y no procura ninguna felicidad real. Diría, además, que este falso honor es difícil de obte-

miren sus hijas la verdadera grandeza, la verdadera gloria, haciendo nacer en sus corazones, el deseo de alcanzarlas, debe ella con-

ner; que solo algunos privilegiados lo consiguen, muchas veces á espensas del verdadero mérito.

Que el único honor digno de la ambicion de un hombre, es ver, amar, poseer á Dios y reinar con él. Honor real, sólido, perfecto, eterno; honor ofrecido á todos los hombres indistintamente, y al cual todos los hombres pueden levantarse; honor, que basta querer de una manera especial y eficaz, para asegurarse su posesion; honor, que infaliblemente está muy acorde con el verdadero mérito, siempre apreciado con justicia.

Despues podria explicar la maestra, cómo debe huir el hombre las humillaciones y oprobios, y cómo se han manejado en esto los santos. Demostraria que la única humillacion verdadera para el hombre, es el pecado que le degrada, le envilece, haciéndole inferior á la criatura irracional, y esclavo del demonio; haciéndole perder la amistad de Dios, y el trono que le estaba destinado en el cielo; que el desprecio de los honores, y las humillaciones que nos hace sufrir sobre la tierra, cuando las sobrellevamos con grandeza de alma y por amor de Dios, nos elevan admirablemente á sus ojos, y nos preparan una gloria infinita en el cielo, etc.

nas, aceptando con la alegría del corazon las humillaciones y oprobios mas terribles; á la Virgen María, y á los otros santos, caminando

si prometía obedecer con docilidad, le concedian la entrada en el monasterio, y le hacian pasar por las pruebas mas duras, sobre todo, si conservaban alguna duda sobre la flecsibi-

Así es, que el grande arte de la maestra, consiste en despertar la ambicion natural de sus hijas, dándole una sábia direccion, y sirviéndose de ella como de un instrumento para elevarlas en la virtud; en enseñarles á poner, en el amor que se tienen á sí mismas, su alma en el lugar de su cuerpo, la vida futura en lugar de la presente, el cielo en lugar de la tierra, Dios en el de la criatura: cuando sus pensamientos, sus afectos, sus deseos, se inclinan hácia la tierra, enseñarles á que los levanten con fidelidad hácia el cielo, sin turbarse, sin maravillarse por estos impulsos tan familiares á los santos, y llamados por ellos, oraciones jaculatorias: *¡Dios solo y mi alma sola! ¡el cielo y la eternidad! vos solo ¡oh Dios mio!* acostumbrándolas á mirar los desprecios y las humillaciones que puedan recibir de parte de sus semejantes, como unos rasgos de semejanza con Jesucristo, como unos medios de elevarse á los ojos de Dios, y de aumentar el brillo de las coronas que les esperan en la gloria.

Despues de haber hecho de este modo que miren sus hijas la verdadera grandeza, la verdadera gloria, haciendo nacer en sus corazones, el deseo de alcanzarlas, debe ella con-

ner; que solo algunos privilegiados lo consiguen, muchas veces á espensas del verdadero mérito.

Que el único honor digno de la ambicion

ducirlas con destreza á que le rueguen que les indique por menor los medios de conseguir las, y que les ayude á ponerlos en práctica.

Que entonces ponga á sus ojos los ejemplos de Jesucristo y de sus santos, y las ecshorte á seguirlos é imitarlos; que les señale para cada dia prácticas interiores y exteriores de humildad, ecshortándolas á darle cuenta de su fidelidad en cumplirlas, dando justos elogios á las mas celosas, haciendo así entre ellas una sábia y generosa emulacion.

Prácticas interiores.—1.º Desprecio de sí mismas, basado sobre las malas inclinaciones que tienen en su corazon, sobre todas las faltas de su vida, que son el fruto de dichas inclinaciones, sobre el abuso que han hecho de los dones de Dios, sobre la conviccion de que nada bueno hay en ellas que no venga de Dios, que nunca han hecho nada sin el socorro de su gracia. 2.º Ponerse en espíritu á los pies de sus hermanas. 3.º Aceptar interiormente todas las humillaciones, desprecios y oprobios, como una cosa que merecen, pues por esto se hacen semejantes á Jesucristo, se elevan admirablemente á sus ojos, y se preparan una gloria muy grande en el cielo. Regocijarse de las humillaciones por los mismos motivos, y procurar buscarlas.

si prometía obedecer con docilidad, le concedian la entrada en el monasterio, y le hacian pasar por las pruebas mas duras, sobre todo, si conservaban alguna duda sobre la flecsibi-

Prácticas exteriores.—1.º Culparse siempre por todas las infidelidades en que hayan incurrido. 2.º Tomar en todas ocasiones el último lugar, cuando puedan hacerlo sin turbar el orden del noviciado. 3.º Solicitar los empleos mas bajos. 4.º Dar gracias, cada vez que reciban un consejo ó una reprehension. 5.º Pedir prácticas públicas de penitencia.

ARTICULO SESTO.

Cómo debe formar la maestra á sus hijas en la obediencia.

La obediencia es el fruto precioso de la humildad. El orgulloso, lleno de confianza en sus propias luces y en su propia sabiduria, no sabe lo que es someter su juicio al de los otros hombres; y por una consecuencia necesaria, la obediencia le parece un yugo insoportable. El humilde, al contrario, instruido por los oráculos divinos, por el ejemplo de los santos, y por la funesta esperiencia de tantas almas que se han extraviado por seguir su propio sentido, desconfia de sí mismo y de sus pasiones que pueden extraviar su juicio; prefiere el de otros, sobre todo, cuando percibe en ellos pruebas nada equívocas de virtud, y se deja

ner; que solo algunos privilegiados lo consiguen, muchas veces á espensas del verdadero mérito.

Que el único honor digno de la ambicion

con gusto guiar por ellos. La obediencia le alivia ahorrándole un ecsámen penoso, que muchas veces no está al abrigo del error; le da seguridad, porque sabe que sometiéndose á la direccion de aquellos á quienes Dios ha encargado de conducirlo, no puede estraviarse; le consuela y hasta le llena de alegría, porque sabe que la obediencia es mas agradable á Dios, que cualquiera otro sacrificio.

Despues de la humildad, no hay virtud mas recomendable, para los santos fundadores, que la obediencia. Muchos de ellos, como San Benito y San Bruno, la han hecho la base de sus institutos, y no han ecsigido de sus discípulos otro voto, que el de observarla de una manera inviolable; persuadidos de que estando todas las virtudes esencialmente ligadas á ésta, la acompañarían sin duda, si se practicase con fidelidad.

Asi es que ejercitaban de continuo en esta virtud, á aquellos y aquellas que se ponian bajo su direccion; cuando se les presentaba un sugeto para ser admitido, comenzaban por preguntarle: si estaba determinado á obedecer de una manera ciega, en todo lo que se juzgara á propósito encomendarle. A la menor vacilacion de su parte, le despedian;

si prometía obedecer con docilidad, le concedian la entrada en el monasterio, y le hacian pasar por las pruebas mas duras, sobre todo, si conservaban alguna duda sobre la flexibilidad de su voluntad: así es como se conducia San Antonio.

Leemos en la vida de San Pablo el sencillo, que habiéndose presentado á San Antonio, este grande hombre, despues de habersele rehusado muchas veces con el objeto de probar la perseverancia y la humildad del neófito, le admitió y le hizo sufrir todas las pruebas mas á propósito para contrariar su voluntad. Primero le prohibió comer antes de ponerse el sol y satisfacer enteramente su apetito; Pablo obedeció sin decir nada. Muy pronto le ocupó tambien durante dias enteros, en sacar agua que le hacia derramar despues poco á poco; en hacer y deshacer cestos; en descoser y volver á coser sus vestidos; en arrancar y sembrar en seguida gran cantidad de legumbres; en llevar piedras de un extremo al otro de un campo, y volver á ponerlas despues en el mismo lugar de donde las habia tomado; en plantar y regar árboles secos, etc. Pablo ejecutaba todas estas órdenes con el mayor empeño, con el mayor respeto y la mas per-

potencias de la tierra y del infierno reunidas no podrán arrancarnos contra nuestra voluntad, que la muerte misma no podrá quitar.

fecta docilidad. Un dia entré otros, que habia acabado su obra, San Antonio mismo la desbarató y le mandó que la hiciera de nuevo. Pablo obedeció sin replicar y sin pedir alimento, aunque el hambre le atormentaba hacia muchos dias. En otra ocasion, le mandó el santo que pusiera unos panes á remojar, porque el pan de los solitarios era duro y seco: cuando todo estaba ya preparado para la comida, le mandó que le ayudara á cantar los salmos, en lugar de permitirle comer: concluida la oracion, le dijo que podia acostarse; despues le hizo levantar á media noche para repetir la oracion con él. Sobrellevó Pablo estas pruebas admirablemente, y se mantuvo conversando con Dios hasta las tres de la tarde del dia siguiente. En fin, Pablo no tenia voluntad ni obraba nada, si no era por el impulso de la de Antonio.

De este modo se elevó á las mas sublimes virtudes, y San Antonio tenia de él una idea tan elevada, que lo proponia á sus otros discípulos, como el modelo mas completo que pudiesen imitar; le enviaba á los enfermos y á los endemoniados que él no podia sanar, reconociendo que este buen solitario habia recibido de Dios una gracia mas perfecta y es-

á obedecer de una manera ciega, en todo lo que se juzgara á propósito encomendarle. A la menor vacilacion de su parte, le despedian;

tensa que la suya; y Pablo nunca dejaba de obtener la curacion de sus enfermos, por medio de sus oraciones.

Una maestra penetrada del espíritu de su empleo, y animada del deseo de la perfeccion de sus hijas, debe por sí misma poner todos los medios para contrariarles la voluntad y hacerlas perfectamente dóciles; pero para esto necesita un gran tacto y una prudencia grande. Debe:

1.º Explicar con claridad á sus hijas la naturaleza de la obediencia religiosa, lo que hay sobre este punto de precepto rigoroso, y lo que solo es de perfeccion. (Véase *El Camino de la Perfeccion*.)

2.º Manifestarles las ventajas de la obediencia. Agitado el hombre de pasiones que le alucinan y le ciegan, está espuesto á continuos errores y extravíos, cuando sigue sus propias luces, su propio juicio, su propia voluntad. Es por naturaleza poco generoso, enemigo de los sacrificios, aun de los mas necesarios á su salud y á su perfeccion: necesita ser agujoneado; es inconstante en el camino del bien, y necesita ser retenido por una voluntad estraña. La obediencia le procura todas estas ventajas.

potencias de la tierra y del infierno reunidas no podrán arrancarnos contra nuestra voluntad, que la muerte misma no podrá quitar-

3.º Mostrarles cuán razonable es la obediencia. En la religion no se obedece á la criatura, no se obedece á una muger, sino á Dios mismo, cuyos representantes son las maestras y las superiores; á él sacrifica uno sus luces, su sabiduría, su juicio, su razon, su voluntad. ¿Qué cosa hay mas conforme á la razon? Es inútil insistir con frecuencia sobre este punto, y repetirlo muy á menudo.

4.º Cuán agradable es á Dios la obediencia. La obediencia es la humildad reducida á la práctica; la humildad, cuya escelencia ha recomendado tanto el Hijo de Dios, que él mismo la ha practicado constantemente, durante su vida mortal, reencargándonosla en cada página del Evangelio: *Dios prefiere la obediencia á todos los otros sacrificios que se le pueden ofrecer.*

5.º Proponer los ejemplos mas claros de Jesucristo y de los santos: de aquel, obediendo á José y á María, obedeciendo á sus mismos verdugos; el ejemplo de los santos, de un Arsenio, que despues de haber sido ayo de muchos príncipes, obedecia al último de los religiosos de su monasterio, con la sencillez de un niño, etc.

á obedecer de una manera ciega, en todo lo que se juzgara á propósito encomendarle. A la menor vacilacion de su parte, le despedian;

Seria de desear que la maestra tuviese bastante ascendencia sobre sus hijas, para conducir las á que pidan ellas mismas que se ponga á prueba su obediencia; que pudiese hacer nacer entre ellas una santa emulacion sobre este punto, y que les concediese bastantes pruebas, como una recompensa de su fidelidad, de su celo en la perfeccion, y como una señal de confianza en su humildad.

La maestra debe comenzar por pruebas ligeras, proporcionadas siempre á las fuerzas que se calculen en cada una; en seguida, pasar á las pruebas mas fuertes: debe reprender con mucha dulzura y bondad á las que manifiesten flaqueza, y no aparentar que desespera de un éxito feliz para lo sucesivo. Prodigar justos elogios á las que soportan las pruebas con valor y firmeza, á fin de alentarlas y estimular á las que son débiles ó menos generosas.

Por último, despues de haber ensayado sin éxito todos los medios que la persuasion y el celo han podido sugerirle, la maestra debe reprender con fuerza y vigor á las que rehúsan obedecerle, y aplicarles penitencias proporcionadas á sus faltas, si perseveran en la insubordinacion.

potencias de la tierra y del infierno reunidas no podrán arrancarnos contra nuestra voluntad, que la muerte misma no podrá quitar-

Las personas que despues de pruebas discretas y reiteradas, no adelantan en la obediencia, evidentemente no son llamadas á la vida religiosa; esta es la opinion de los casuistas mas sábios.

ARTICULO SEPTIMO.

Cómo debe formar la maestra á sus hijas en la pobreza.

El espíritu y el corazon del hombre son naturalmente activos; necesitan un objeto que les ocupe, les captive, les llene en algun modo. El estómago privado de un alimento bueno y sano, procura calmar la hambre que le atormenta, recurriendo á alimentos malos y peligrosos; el espíritu y el corazon que no están ocupados, alimentados en algun modo por un objeto santo y puro, tambien se vuelven, como una serpiente irresistible, hácia los objetos malos y peligrosos, buscando en ellos su alimento.

Para desprender eficazmente á sus hijas de los bienes de la tierra, é inspirarles el amor de la pobreza, la maestra debe, pues, proponerles otro objeto escitando el gusto hácia él. Debe:

á obedecer de una manera ciega, en todo lo que se juzgara á propósito encomendarle. A la menor vacilacion de su parte, le despedian;

nas que nos prepara, etc.; la maestra podrá con este objeto leerles el artículo de *El Camino de la Perfeccion*, en que trata de la castidad. Conversará con ellas á menudo

1.º Convencerlas de la nada de los falsos bienes de la tierra, que solo algunos llegan á adquirir á costa de mil sacrificios, y á conservar en medio de cuidados é inquietudes: bienes frágiles, humo que se disipa al viento mas ligero; bienes engañosos que no satisfacen á la alma ni llenan el corazon, puesto que en medio de ellos el mas opulento de los reyes no *encontraba sino vacío, miseria y afliccion de espíritu*; bienes pasajeros que muy pronto tenemos que abandonar en el borde del sepulcro.

2.º Para remplazar estos falsos bienes, presentar los del cielo y recurrir á todos los medios para inspirar el amor hácia ellos, y el deseo de poseerlos; bienes del cielo, ofrecidos á todos los hombres indistintamente, que todos pueden adquirir á costa de sacrificios menos penosos que los que se necesitan para llegar á poseer los falsos é inestimables de la tierra; bienes perfectos é infinitos, que satisfacen completamente á la alma, y llenan totalmente el corazon; bienes sólidos y al abrigo de todo contratiempo, que todas las potencias de la tierra y del infierno reunidas no podrán arrancarnos contra nuestra voluntad, que la muerte misma no podrá quitar.